

Clase social y pueblo

Hugo E. Herrera



La sociedad se articula en grupos que tienden a diferenciarse. Una de las diferencias más significativas es la de clases sociales. No se trata de “cosas”, algo fijo y claramente determinado, sino de conformaciones variables, en las que inciden múltiples factores. Además de condiciones objetivas compartidas —como ingresos parecidos, maneras de vida similares, contextos institucionales semejantes—, la clase se define usualmente por la presencia de una conciencia de pertenencia, de una cierta unidad de intereses comunes y distintos u opuestos a los intereses de otros grupos.

La consideración de las clases sociales es fundamental al momento de comprender la situación. El esfuerzo por prescindir de las clases y del potencial de plenitud y conflicto que ellas alojan, en aras de visiones que se concentran eminentemente en la instauración y ejecución abstracta de reglas del comportamiento social, pierde de vista un factor decisivo de la vida en común y de su despliegue o

frustración. Si no se entiende la primera mitad del siglo XIX inglés sin la consideración de la conformación de una clase trabajadora dotada de lucidez sobre sí misma, no se comprende la “Crisis del Centenario” en Chile si se deja de lado la irrupción de la clase obrera; tampoco la actual crisis —del Bicentenario— si se soslaya la emergencia y configuración de nuevos grupos medios cuya conciencia de clase es incipiente.

Atender a la tensión entre clases, aún en la era de los contornos difusos, es condición de una comprensión atinada de la situación, a partir de la cual recién se vuelve posible proponer caminos de sentido.

La mentada figura de la clase —o del conjunto de individuos que comparten condiciones comunes y desarrollan una cierta conciencia colectiva— es similar a la figura que acusa lo que usualmente se llama “pueblo”. El pueblo no es una cosa, sino acontecimiento; no un objeto fijo, sino un dinamismo dotado de una fuerza

que no resulta asible por medio de determinaciones objetivas. Es una totalidad en la que inciden factores materiales y culturales, y que patenta como maneras de pensar y de sentir compartidas, incluida la experiencia de participar en un destino común.

“Atender a la tensión entre clases, aún en la era de los contornos difusos, es condición de una comprensión atinada de la situación”.

Clase social y pueblo pueden ser, ambos, experiencias de plenitud o frustración y, en consecuencia, también: fuente de disputa, un peligro para la estabilidad de los sistemas políticos y sociales. Así como hay un liberalismo tosco que se desentiende de la tensión entre clases, para evitar el conflicto que esa disputa abriga, así también

hay un liberalismo que se desentiende del pueblo —buscando incluso proscribir el uso de la noción— para evitar el conflicto que implica. En ambos casos se trata de una evasión: de evitar lo patente, impidiendo así considerar adecuadamente las tensiones de clase y las maneras de atenuarlas, así como la plenitud y el peligro inherentes al pueblo.

Marcela Bravo
Gerenta general
Acción Empresas



Mujeres, pieza clave de la reactivación

En el escenario actual, en el que debemos reactivar la economía con un sentido de urgencia, tenemos la obligación de hacerlo bajo un enfoque de género. No se trata de una cuestión de justicia social. Frente a las diversas crisis, quedó claro que debemos modificar la estructura en la que estamos operando, apuntando a una sociedad más amplia y con un foco inclusivo. Existe suficiente evidencia al respecto. El estudio “Liderando la lucha contra la pandemia: ¿Importa realmente el género?”, de las universidades de Reading y Liverpool, en 194 países, mostró que el control del covid-19 ha sido mejor en países liderados por mujeres. Hasta cierto punto, esto se explica por una buena gestión en escenarios adversos, y un liderazgo eficaz y resolutivo, caracterizado por una comunicación clara y empática.

Las mujeres somos y seguiremos siendo un gran factor de desarrollo. En las empresas, nuestra incorporación en la toma de decisiones no solo es buen negocio desde una perspectiva económica; también tiene un poder transformador. Un reciente estudio del Centro de Gobierno Corporativo y Sociedad junto al Centro de Trabajo y Familia del ESE Business School de la U. de los Andes, arrojó que los directorios presididos por mujeres presentan un mayor nivel de organización y efectividad.

Por otra parte, el informe “Behind Every Global Goal: Women leading the world to 2030”, elaborado por la ONU, señala que las mujeres podrían ser fundamentales en el logro de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), pues las organizaciones con una mayor presencia de mujeres en sus directivas son más proclivas a integrar un sistema de gestión de impactos sociales y riesgos del cambio climático en los modelos de negocios.

A ello se suma el rol esencial de las mujeres en sus comunidades. Algunas, por iniciativa propia, durante 2020 asumieron el cuidado colectivo de terceros. Por ejemplo, el 75% de las ollas comunes activas en el país fueron lideradas por manos femeninas.

Pero solas el camino es lento. Para que la equidad de género sea una realidad se requiere impulsar con más fuerza y convicción un cambio cultural. Y en esto es imperativo que las políticas públicas instalen un marco de acción. No hay que olvidar que las sociedades que logran progresar son las que encuentran y asumen el valor de la diferencia.

Mujeres invisibles

Magdalena Browne

Decana Escuela de Comunicaciones y Periodismo UAI



En los últimos años, aquí y en el mundo, se ha renovado la fuerza simbólica del Día de la Mujer. Ha vuelto a ser —como antaño— un hito reconocido por el alcance y la transversalidad de las manifestaciones. Este es un gran logro de muchas mujeres, que han estado detrás de esta nueva ola de activismo y creciente “visibilización” de las brechas y demandas de género.

Este 8 de marzo también debemos reconocer a las mujeres menos visibles públicamente: aquellas que no han tenido la fuerza para liderar las causas a favor de las mujeres en las calles o en las redes sociales, ni menos han logrado acceder a los recursos y oportunidades para participar en los directorios de las empresas, exponer en seminarios, ser candidatas políticas y, ciertamente, escribir columnas en la prensa. Mujeres que, desde sus mundos cotidianos, han estado detrás de las importantes transformaciones sociales que hemos vivido como país, pero no han sido debi-

damente reconocidas ni compensadas.

Muchas de ellas, gracias a que se sumaron al mercado laboral en las últimas décadas, permitieron que los ingresos de sus familias crecieran, posibilitando que sus hijos dejaran la pobreza, o alcanzaran la ansiada educación superior. Aún más, el rol que han cumplido en el cuidado y contención emocional

dentro de sus hogares y redes familiares se ha extendido no solo a sus hijos o nietos, sino que también a sus padres en edades avanzadas. Ante estos requerimientos, han tendido a seguir trayectorias laborales sinuosas e inestables, lo que no les ha permitido asegurar una pensión mínima (Biehl, Worldman y Browne, 2018).

Son mujeres de mediana edad, entre 45 y 60 años, cuyo bienestar subjetivo es más deteriorado y paradójico: si bien reconocen que el rol que ejercen en sus familias les da sentido, al mismo tiempo se declaran más cansadas, pre-

ocupadas y con miedo a la vejez, en relación con sus pares hombres de la misma edad (Desuc, 2014 y 2017).

En 2020 se recrudeció esta situación. La pérdida de trabajo, la sobrecarga doméstica y el deterioro de la salud mental —nuevamente— prevalecieron más en las mujeres en general. Según un estudio del Laboratorio de Encuestas y Análisis Social (LEAS) de la UAI,

“La pandemia y sus efectos han ampliado brechas en condiciones de vida de hombres y mujeres, no solo en términos laborales, sino también emocionales”.

la proporción de ellas que reportó haber experimentado nerviosismo, ansiedad, decaimiento y preocupación, fue mayor que la de los hombres.

De este modo, al igual que en otras áreas, la pandemia y sus efectos han ampliado brechas que ya existían en las condiciones y trayectorias de vida de hombres y mujeres, no solo en términos laborales, sino también emocionales. Ojalá que estas mujeres no solo sean aludidas en los elogiosos discursos de agradecimientos, sino —sobre todo— que estén en el centro de la agenda legislativa y de gobierno.